

Corazón en trance. Bitácora de una sobreviviente

HAYDITH VÁSQUEZ DEL ÁGUILA
Pontificia Universidad Católica del Perú
a20193883@pucp.pe

Margarita Saona (Lima, 1965), ha escrito un libro desafiante en su composición y contenido, una obra que fluctúa entre el ensayo, el testimonio y la poesía. Su lectura nos sumerge en una montaña rusa de emociones de la cual es difícil salir indemnes, y nos subyuga hasta el punto de terminar con el corazón en la boca, mientras acompañamos a la autora en un recorrido sinuoso por la experiencia más estremecedora que le ha tocado vivir: un trasplante de corazón.

Cargada de honestidad, la autora se despoja de falsos pudores y nos muestra las costuras y cicatrices que le han dejado una marca en la piel, en su conciencia y en su noción de identidad.

En el prólogo, el cardiólogo y ensayista Jochy Herrera habla de Domingo Liotta, pionero de la cirugía de corazón artificial, quien afirmó que el estudio de los ideogramas chinos en lo referente a este órgano revela una fuerte connotación espiritual: “Da como ejemplo el que en chino los fonemas *nacer* y *morir* están representados por un brote de bambú junto al jeroglífico del corazón en evidente alusión al ciclo de las estaciones, el ciclo existencial” (p. 9). Así, descubrimos que estábamos estancados en la edad de la inocencia, porque a pesar de vivir una prolongada adultez, muchos todavía solíamos pensar con candidez que un “corazón roto” era una simple metáfora y no la cruel verdad que nos muestra Saona: en cualquier momento, el órgano que alumbró la vida con cada palpito puede terminar cansándose, desfalleciendo; es decir, puede pararse como el tic tac de un reloj que entra en pausa para siempre.

Esta bitácora está colmada de confidencias y reflexiones; emociones y razonamientos; miedos y valentía. Viajamos por una travesía sin un horizonte a la vista, donde lo único que prima es el deseo de llegar a buen puerto, aferrándonos al desenlace feliz: el adiós al latido irregular de un corazón descompuesto y la bienvenida al latido de un corazón saludable.



Corazón en trance
Bitácora de una sobreviviente
Margarita Saona
Peisa
Lima, 2024, 284 pp.

Mientras avanza la lectura comprendemos que el hecho de “morir” adquiere un significado distinto, porque detrás de ese adiós se cierra el ciclo de una vida y se abre otro: el corazón donado es una planta que se ha salvado de una muerte inminente, al fin y al cabo, y busca refugio en un cuerpo nuevo, y ese cuerpo, a su vez, tiene el abono necesario para seguir produciendo la savia que engendra una nueva vida para ambos; el corazón y el cuerpo permutados en una simbiosis única, ideal e increíble.

La inquietante reflexión de que una persona tenga que morir para que otra viva es como un trueque macabro, una pésima broma del destino, pero que llegado el momento de elegir concluimos que más aterradora es la idea de vivir con un corazón desfalleciente cuya única posibilidad de latir sea el estar unido a máquinas artificiales.

Saona se perdona por haber sido ella el receptáculo y agradece a la persona que se fue, artífice involuntaria, de esa nueva oportunidad que le da la vida. Los nuevos latidos le hacen saber que una parte de ella sigue existiendo en su pecho. Se atreve a enviar una carta a los familiares sin ninguna esperanza de respuesta y conmovida se prepara a celebrar íntimamente cada aniversario: la fecha que el corazón y ella han vuelto a nacer. Pero esa fecha asimismo significa el final de una vida para una familia. Allí, la poesía sirve de refugio a la autora, para poder comprender sus emociones y aquellos sentimientos que no puede esclarecer. Dice: “Pensé / en la promesa / de una vida larga, / pensé / en la vida corta / cuyo corazón / hoy me habita. / Hoy te llevo conmigo, / parte de mí, / como un hijo, / como renacer / y ser uno / y ser dos. / Mi corazón, / tu corazón, / late / y tu vida / me ha dado / nueva vida” (p. 240).

Saona trae a la memoria al filósofo Jean-Luc Nancy, autor del ensayo *El intruso*, que habla del trasplante de corazón que sufrió a los 50 años. Él califica a ese órgano recibido como extranjero y su llegada es una intrusión, porque carece de derecho y de familiaridad, es decir de acostumbramiento. No es una molestia, dice, es una perturbación en la intimidad. Esto implica el cuestionamiento a nuestra noción de identidad. Sentirse dividido y acaso enajenado de nuestro propio ser, cortado por la mitad, desintegrado para siempre de la idea primaria de pertenencia a un solo cuerpo, a una sola alma. Pero, afortunadamente, la sobrevivencia no es solo una cuestión de filosofía. Saona piensa que también es una interconexión con la humanidad. Todos somos sobrevivientes, dice, y solo aprenderemos a valorar la propia vida si valoramos también la vida de los demás. Ella aprendió a vivir con esa consciencia y todos los padecimientos que ha sufrido se han transfigurado en agradecimiento y sabiduría.